

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,  
Pedregosa, 7.  
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.  
En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital; id., 7 id.

## SUMARIO.

Don Alvaro de Luna, conclusion, por X.—La Despensera, por el Bachiller Quicunque.—Poesías.—Misceláneas.—Pasatiempos.

## ADVERTENCIAS.

Desde este día, cesaremos de publicar la lista de los señores que colaboran en nuestro periódico, por ganar de este modo algún más espacio, debiendo observar que desde ahora tenemos el gusto de verlo favorecido, con la cooperación de los Sres. D. Carlos Vieyra de Abreu, Director del colega madrileño «La Lira Española;» D. José Moreno de Monroy, y D. Eduardo Ruiz y García.

De todos modos y por las modificaciones que puedan ocurrir, advertimos que todos los trimestres publicaremos una vez la referida lista.

También advertimos que por acuerdo de esta Redacción, estamos dispuestos á no publicar nada de procedencia anónima, ni de personas que no sean colaboradores de este Semanario.

## DON ÁLVARO DE LUNA.

(Conclusion.)

La victoria de Olmedo elevó á Don Alvaro á la cumbre del poder, y con ella sus rivales quedaron anonadados. Entre las mercedes

que obtuvo fué la más importante el maestrazgo de Santiago, que había resultado vacante por la muerte de don Enrique, añadiéndose esta nueva dignidad con sus cuantiosas rentas á los numerosos títulos y tesoros que ya poseía. Desde entonces su ambición, su codicia y su orgullo no tuvieron coto; y en el desvanecimiento que produjo en él tan desmesurada grandeza, cometió faltas que al fin acarrearón su ruina.

La reina doña María, princesa esposa de don Juan, había sido siempre enemiga de don Alvaro. Quiso aquel contraer segundas nupcias, y aun cuando su inclinación era hácia la hija del rey de Francia, logró el favorito casarse á sudespicho con doña Isabel, infanta de Portugal, creyendo que una reina, hechura suya, le sostendría en su privanza por agradecimiento. Mas salióle tan errado este cálculo, que doña Isabel se declaró en breve su más mortal enemiga; y como era jóven y hermosa, pudo más su hechizo sobre su esposo, ya entrado en años, que la antigua afición hácia el válido, afición que el tiempo había empezado á debilitar, y trocándose poco á poco en disgusto, no necesitaba más que un ligero impulso para convertirse en odio declarado.

Con efecto, el rey no veía ya en don Alvaro aquel jóven seductor, aquel caballero tan brillante por sus sobresalientes prendas, tan superior á todos sus rivales, cual se mostraba en los primeros años. Era ya el condestable viejo, de carácter áspero y altanero, tan exigente con su rey, que hasta quería dirigir las acciones más ocultas de su vida privada, teniendo, por decirlo así, en prisión perpétua, pues por todas partes y á todas horas se lo encontraba, y donde quiera se veía circundado de sus partidarios. A la disposición desfavorable de don Juan, alimentada por la reina, por el príncipe heredero, por los contrarios de don Alvaro, y principalmente por un criado de éste, á quien había levantado de la nada hasta hacerle contador mayor del rey, mezclóse también otro motivo, que fué la des-

medida ambicion del monarca, quien concibió deseos de apoderarse de las inmensas riquezas que don Alvaro poseia.

No se ocultó al maestre la traicion de su ingrato criado, ni la trama que se le urdia; mas su honor le impedia huir, y su poder y el mucho amor que el rey le habia tenido sostenian su esperanza. Pero se engañó, don Juan estaba ya resuelto á perderle: quiso matarle en Valladolid, en una comida que tuvo en el convento de San Benito; lo intentó tambien en Cigales en una partida de caza, y en Burgos, á donde fueron la cuaresma de 1453, se intentó varias veces prenderle ó matarle; pero don Alvaro avisado de todo lo pudo evitar sin romper abiertamente con el rey. Desconfiado, sin embargo, en vista del giro que tomaban los negocios de la córte, obligó á don Juan por medio de su ascendiente, antes del viage á Burgos, á que le firmase en Simancas un salvo conducto que le hizo jurar sobre la hostia consagrada para poner á cubierto su persona que ya juzgaba en peligro. Con ánimo tambien de ver si quitada la causa principal del mal, el rey volvía á su antiguo amor, el Viernes Santo hizo precipitar desde la torre de su casa al ingrato Alonso Perez de Vivero, que murió en el acto, arrojando con él una de las barandillas del terrado que al intento se habia dejado desclavada para que la caida pareciese casual. Pero este no hizo mas que aumentar el enojo del rey y el deseo en sus enemigos de acabar cuanto antes con un hombre tan poderoso y temible. Conociendo don Alvaro el mal estado de sus asuntos, se rodeó de una numerosa guardia y tomó otras disposiciones; entre ellas, la de hacer trasladar á su fortaleza de Portillo dos arcas llenas de oro que tenia guardadas en el convento de San Benito de Valladolid, encomendando su custodia al alcaide de dicha fortaleza, Alfonso Gonzalez de Leon y un hijo del mismo, que luego le fueron infieles. El rey, viendo que de todos los lazos que le tendia se escapaba don Alvaro, le llamó, intimándole que saliese de su córte; pero él lo dilató so pretexto que el monarca no quedase solo sin tener quien le aconsejara, y entónces éste se decidió á prenderle á todo trance. Púsose de acuerdo al efecto con el alcaide del castillo de Burgos, que lo era don Iñigo de Zúñiga, y avisado el conde de Plasencia, hermano de éste para que acudiera con gente de armas, no pudo ir; pero envió á su hijo don Alvaro de Zúñiga, y en la noche del miércoles despues de pascua, 4 de abril de 1453, fué rodeada la casa de don

Pedro de Cartagena, donde el condestable posaba, quien á pesar de tener muy pocos hombres, hizo una tenaz resistencia que duró hasta bastante entrado el dia 5. Bien hubiera podido D. Alvaro escaparse, y aun salió de su posada por un postigo escusado, y despues de haber andado algun trecho, se volvió, pareciéndole vergonzoso huir, lo cual causó su desgraciado fin, porque el rey que se hallaba al frente de alguna gente armada y con su pendon real, viendo que la casa de don Alvaro resistia tanto tiempo, envió á requerirle para que se entregase, y despues de varios mensajes y de haberle don Juan dado palabra de que seria respetada su vida y la de los que con él estaban, determinó entregarse. Antes arregló sus papeles, distribuyó grandes cantidades á sus criados y servidores; comió con mucha tranquilidad, montó á caballo armado de todas armas, y salia de su posada para presentarse al soberano, cuando con engaños lo volvieron á hacer entrar, y al momento fué desarmado y su casa ocupada por el rey, quien no solo retiró su palabra de respetarle la vida, sino que dió por nulo el seguro que le habia espedido en Simancas. Preso el condestable, don Juan partió á ocupar sus tierras, se dirigió á Portillo en busca del tesoro que le fué entregado, aunque ya muy disminuido; siguió á Maqueda y demás posesiones hasta llegar á Escalona, en que la esposa, hijo y parciales de don Alvaro le resistieron con valor. Veinte dias hacia ya que el rey tenia cercada la villa, y viendo lo difícil y costoso que sería tomarla y la mucha necesidad que padecian sus soldados porque el año era muy escaso de pan, reunió consejo de sus caballeros, y todos unánimes opinaron que se le diese muerte al condestable. El arzobispo de Toledo fué el único que por razon de su estado no quiso votar. Confirmada la sentencia por el rey, se dió el encargo de notificarla y hacerla ejecutar á Diego Lopez de Estúñiga, el cual salió al momento para Portillo, donde se hallaba preso don Alvaro. Al llegar allí le dijo que el rey le mandaba conducirlo á Valladolid; pero en el camino le reveló su fatal destino el P. Fr. Alfonso Espina, con quien se confesó el condestable, y pasó toda la noche arreglando sus asuntos y preparando su alma. He aquí como refiere la crónica sus últimos momentos.

«Y á otro dia muy en amanecido, oyó misa muy devotamente y recibió el cuerpo de nuestro Señor, y demandó que le diesen alguna cosa con que bebiese, y trajeronle un pla-

to de guindas, de las cuales comió muy pocas, y bebió una taza de vino puro. Y despues que esto fué hecho cabalgó en una mula, y Diego de Estúñiga y muchos caballeros que le acompañaban, é iban los pregoneros pregonando ne altas voces: *Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel, tirano y usurpador de la corona real en pena de sus maldades, mandándole degollar por ello.* Y asi lo llevaron por la calle de Francos y por la costanilla hasta que llegaron á la plaza, donde estaba hecho un cadalso alto de madera y todavia los frailes iban juntos con él, esforzándole que muriese con Dios, y desque llegó al cadalso, hiciéronle descabargar, y despues que subió encima, vido un tapete tendido y una crux delante y ciertas antorchas encendidas y un garabato de hierro hincado en un madero, y luego hincó las rodillas y adoró la cruz, y despues levantóse en pié y paseóse dos veces por el cadalso, y allí el maestro dió á un page suyo llamado Morales, á quien habia dado la mula al tiempo que descabalgó, una sortija de sellar que en la mano llevaba y un sombrero, y le dijo: *Toma el postrimero bien que de mí puedes recibir,* el cual lo recibió con mucho llanto. Y en la plaza y en las ventanas habia infinitas gentes que habían venido de todos los lugares de aquella comarca á ver aquel acto, los cuales desque vieron al maestro asi andar paseando comenzaron de hacer muy gran llanto; y todavia los frailes estaban juntos con él, diciéndole, que no se acordase de su gran estado y señorío y muriese como buen cristiano. Él les respondió que asi lo hacia, y que fuesen ciertos que en la fé parecia á los santos mártires. Y hablando en estas cosas alzó los ojos y vido á Barrasa, caballero del principe, y llamóle y dijole: *Ven acá, Barrasa, tu estás aquí mirando la muerte que me dan; yo te ruego que digas al principe mi señor, que dé mejor galardón á sus criados, que el rey mi señor me mandó dar á mí.* E ya el verdugo sacaba un cordel para atarle las manos, el maestro le preguntó: *¿Que quieres hacer?* el verdugo le dijo; *Quiero, señor, ataros las manos con este cordel;* el maestro le dijo: *No hagas asi,* y diciendo esto quitóse una cintilla de los pechos, y dióselo y dijole: *Atame con esta, y yo te ruego que mires si traes buen puñal afilado, porque prestamente me despaches;* Otrosi, le dijo: *Dime, aquel garabato que está en aquel madero, ¿para qué está allí puesto?* el verdugo dijo que era para que despues que fuese degollado, pusiesen allí

su cabeza; el maestro dijo: *Despues que yo fuere degollado, hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quieran.* Y esto hecho comenzó á desabrocharse el collar del jubon, y aderezarse la ropa que traia, que era larga, de chamebote azul, forrada en raposos ferreros, y como el maestro fué tendido en el estrado, luego llegó á él el verdugo, y demandóle perdon, y dióle paz, y pasó el puñal por su garganta, y cortóle la cabeza, y púsola en el garabato, y estuvo la cabeza allí nueve dias, y el cuerpo tres dias; y puso un bacin de plata á la cabecera, donde el maestro estaba degollado, para que allí echasen el dinero los que quisiesen dar limosna para con que lo enterrasen, y en aquel bacin fué echado asaz dinero, y pasados los tres dias vinieron todos los frailes de la Misericordia, y tomaron su cuerpo en unas andas, y lleváronle á enterrar en una ermita, que dicen San Andrés, donde se suelen enterrar todos los malhechores, y donde á pocos dias fué sacado de allí, y llevado á enterrar al monasterio de San Francisco, que es dentro en la villa. Y pasado asaz tiempo, fué traído el cuerpo con su cabeza, á una muy suntuosa capilla que él habia mandado hacer en la iglesia mayor de Toledo; y asi hubo fin toda la gloria del maestro y condestable don Alvaro de Luna.»

Un historiador dice, que deseando conocer don Alvaro su destino futuro, consultó á un astrólogo, cuando se hallaba en el apogeo de su privanza, quien le predijo que moriria en cadalso; pero no pudiendo ni remotamente sospechar entonces su desastroso fin, creyó que el adivino querria decir que moriria en un pueblo llamado asi, de la provincia de Toledo, del cual era señor, y de resultas jamás quiso ir á él. El historiador á quien nos referimos, que es el P. Mariana, cuenta esta anécdota sin darle entero crédito.

Don Alvaro casó dos veces, la primera con doña Elvira, hija de Martin Fernandez Portocarrero, de quien no tuvo sucesión, y la segunda con doña Juana Pimentel, hija del conde de Benavente, en la cual tuvo un hijo en 1435, que se llamó don Juan, y fué despues conde de San Esteban de Gormaz; y una hija, doña Maria, que casó con don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; ademas tuvo dos hijos bastardos, don Pedro, señor de Fuentidueña, y otra hija, que fué mujer de Juan de Luna, su pariente, gobernador que era de Soria.

Murió el condestable el 5 de julio de 1453, año célebre en los fastos de la cristiandad, por

la pérdida de Constantinopla, y al siguiente de 1454, trece meses después que el favorito, falleció el rey don Juan. Algunos escritores suponen que durante este periodo jamás se le vió alegre, y parecía poseído de terribles remordimientos. Sea de esto lo que quiera, parece fuera de duda que el monarca castellano se manifestó mas de una vez arrepentido de su proceder, con un hombre que cual quiera que fuesen sus faltas, no cabe duda de que prestó eminentes servicios en los treinta años que dirigió las riendas del estado.

X.

### LA DESPENSERA.

Bien pide agradecimiento,  
quien es de la Providencia  
brazo débil, é instrumento;  
y nos aporta el sustento  
que mantiene la existencia.  
*Anónimo antiguo.*

En la variedad y conjunto de tipos peculiares que pueden prestar materia á estudios morales y rasgos humorísticos, no escasean los merecedores de fijar la vista atenta de los alumnos de Teofrasto y Labruyère, Addison, ó Jesil en las distintas poblaciones ó agrupamientos sociales. No ha desaparecido de nuestra memoria cierto amigo nuestro, que, hace muchos años, se ocupó en bosquejar un artículo consagrado á *El arropiero*, industrial cordobés, simpático á la golosa y bullidora infancia, que es el mismo *melcochero* de siglos anteriores. Otro no menos amigo á cuya clara inteligencia y delicados sentimientos la Filosofía cristiana ha debido alguna vez preciosos escritos, rasgué con apreciable exactitud el retrato de *El piconero*, ciudadano, un si es no es desheredado, mas afanoso que limpio, y á quien sus fatigas y las matas y arbuscos feraces de nuestra sierra suministran el pan cotidiano, con el turbio sudor de su frente en el buen tiempo, y á prueba de inclemencias y á precio de tiritones en el crudo invierno. Y aun *el arruquero* tuvo también su fotografía.

A ejemplo de estos nuestros amigos holgáramos mucho de poder decir algo de otro individuo, modestísimo en su condición y de importantes servicios en la vida doméstica de numerosas familias que ni se hacen la diaria compra de las vituallas, ni los mandados indispensables por sí propios, ni pueden ó quieren costear un criado que llene estas incum-

bencias. Nuestro propósito es hablar de la *Despensera*.

Descartaremos del bosquejo *in fieri* uno que otro ejemplar masculino de nuestro tipo desiderato. Un ánima sola, ni canta ni llora. Nos las queremos haber con el otro sexo. Perdónenos este resabio de otros tiempos y de nuestra pícaro flaqueza. Mas aseguremos, en ley de verdad, que la *despensera* tiene la menor cantidad posible de género femenino. Pertenécele rigurosamente, en el sentido histórico; dado que, en el de actualidad, los gramáticos deben relegarla al neutro, al epiceno, al comun de dos ó cualquier otro de ambigüedad calificada. Son en su mayoría inmensa de cierta edad. Doblan, por lo comun, la fatídica cifra de los treinta, de que renegó harto prestamente, el escéptico Espronceda. Y si atendemos á la forma numismática en que ellos traducen los datos de su registro civil, fluctúan entre los tres y los cuatro duros. Es decir, que suelen tener, lo menos, treinta y cinco años *en cada pata*. Por aquí se inferirá que no pecan de vivarachas, ni de *cerrentonas*. En cuanto á lo de *corredoras* es harina de otro costal; mas, porque á veces, un señorito haya convertido á alguna en Mercurio portador de un dulce billete á la enemiga de su reposo, previa la dádiva de cien céntimos (entiendase 34 cuartos); no hay razón para poner á todas las del gremio, el San-benito de que cooperan á los agenos amorios de mas avanzadas generaciones. Un par de canastos ó cestas, cual de mimbre y cual de palma, son los utensilios industriales, y á la par el símbolo de su ocupación activa. Emplazadas, por la fuerza del sino á comparecer en los mercados, al *primo sorriso del matutino al-bore*, de cada día, como los duelistas de cierta ópera; pudieran gozar de las emociones de las brisas matinales, y de los rayos rosados de la aurora, si la índole de la *despensera* no estuviese reñida con todo entusiasmo de fantasía, y con todo poético arrobamiento. Lejos de eso y aunque por mucho madrugar no amanece mas temprano, con sus enaguas azules, *negligé* de mañana y aun de todas horas, agrúpanse las tales provisionistas al rededor de la mesa del carnicero; toman con resignación completa y simplicísima buena fé cuanto les dan, recogiendo con cierta atracción magnética huesos, piltrafas y cartilagos en vez de carne muscular y momia: tocino y jamon rancio, caliente ó pobladísimo de animalículos y vivientes, materia copiosa á los estudios entomológicos: frutas verdes,

Mat  
corrent

lan

ó tan pasadas como la provecta compradora: berzas duras: papas averiadas: ó aves que, analizadas á posteriori, no revelan á su obtuso olfato la fecha de su defuncion remota. Los vendedores que reservan lo mas florido de su repuesto para fondistas y proveedores de señorios ó, como si digéramos, para domésticos de *high life*; no por predileccion por las gentes elevadas (Dios nos libre de pensarlo en tiempos de tanta fraternidad é igualdad,) sinó porque pagan más y mas pronto; desquítanse en depositar los residuos de todo lo vendible del reino vegetal, y del animal, y de las especies terrestres, volátiles, fluviales y marítimas, en las rotas esportillas de la despensera; á mas de castigarlas, en el cambio de monedas, con todas las medallas de mala ley y con todos los dicterios, que á cualquier observacion opone el desparpajo autonómico y democrático de su predominio presente, y con que salen rociadas, á mas y mejor, sin olvidar lo de *fea y vieja*, dardos los mas emponzoñados para el corazon de una hembra, aunque sea *rica*, y aunque no deje de ser una verdad monda y lironda el humillantisimo requiebro.

Le es dado, empero, consolarse de estos percances con los encuentros y coloquios de compañeras, vecinas y conocidas. Entonces es el murmurar, en comun, del perro oficio de servir á señoras, cicateras, apretadas de puño, gruñonas, imperiosas y desconfiadas. Si la encontradiza es joven, dásele un consejo de emancipacion, siguiendo la pauta de ciertos publicistas y patricios insignes con respecto á los hijos de las Antillas. Tal vez se ingiere alguna en tratar de las novedades del dia, haciendo política á su modo, admitiendo ó propalando lo mas absurdo ó lo mas atroz, y citandó alguna carta de Liberto que oyó deletrear á su casero, abonado indefectible de *El Cencerro*. Ella no ha oido hablar de Prudon ni de Pi: pero no cree prudente, por instinto, que se suba el pan en *prejuicio de los probes*, ni tiene otro pio-pio, sino el que estos huelguen y los ricos suden la gota tan gorda. Socialista intransigente coincide con los mas altos filósofos, en querer que lo que está patas abajo se ponga patas arriba. Con estas y con las otras se distrae de su mision y de sus demandas. La mitad de ellas se le escapa del menguado margen: porque toda despensera ha bebido en el Leteo y padece de achaque de olvidiones, sobre ser en ocasiones un recurso inestimable. En cada uno de los diez ó doce encuentros que tiene con gentes y vivientes, y en cada

uno de los diálogos que entabla, sustrae quince ó mas minutos á la tarea de comprar, y trasferir lo comprado á su destino; lo que suele sumar algunas horas de retraso para el órden culinario y casero de los señores. Suprime, pues, una buena parte en la ejecucion de sus encargos. Se acusa, en su oscura conciencia, de lo omitido y olvidado, como penitente floja: vuelve atras: siente conatos de reparar su falta, pero como el poeta gentil que escribió el célebre *video meliora... deteriora sequor*; la infelice, que acaso nunca vió, no ya lo mejor, pero ni lo bueno ó simplemente regular y pasab'e, escoge ó, acepta lo peor, y se apresta á consumir su tarea, y á depositar cada uno de los artículos de comer, beber y arder, que lleva á distintas familias, en los senos respectivos de los cargados cachos. El arte del embalage, ni la *mise en scene* con primor y refinacion francesa, no fué jamás su fuerte. Así que todo lo dispone con la mayor desventaja y torpeza posible. El cacharro del petróleo suele por ende, gotear sobre el arroz. Coloca las ceboilas sobre las uvas; y tal vez los bizcochos revelan despues la propincua vecindad en que estuvieron con los ajos.

Así las cosas, empieza á preocuparse con la contabilidad de su múltiple y espinoso cargo. No acierta á distinguir ni á clasificar sus datos. A menudo se abstraee y ensimisma: trabúcase: anda á trompicones: se para: se apresura, y á la postre se mete en un portal á ordenar los objetos de su provision y á dar la última mano á sus elucubraciones. Inclineda, si hubiese ejercido el arte de curar, mas á los tónicos que á los antiflogísticos, mira, de continuo por su estómago, y por el de sus comadres, inaugurando sus faenas con un sorbo ó chiquita de aguardiente. Por eso en sus apuros administrativos, obedece á su *amelico* é inconsciente instituto. Acude á confortarse tomando un pizco de cualquier comestible, del acerbo comun que juzga redundante; ó lleva al hondo y enciclopédico bolsillo un *specimen* de los higos, pastas, bacalao, buñuelos ó lacticinios que se cree en pleno derecho de saborear, ó cuyo disfrute aplaza.

Entra en seguida la revision de dos ó tres montoncitos de monedas de cobre de diverso cuño, y vacila ante su valor respectivo é intrincando, dejando á la providencia ó al acaso la resolucion final de sus dudas. Mas entretanto, y entre dientes, echa algunas maldiciones á el que inventó los cuartos nuevos de

muñecos, y tanto embeleco de diez, doce y medio, ó mas céntimos para juntar uno ó dos reales. Poco debe importarle al sabio Figue-rola, que estaria ya convertido en alambre de puro tenue y desecado, á ser eficaces tales anatemas. La despensera termina al postre su tarea, preparándose á dar cuenta de la inversion de fondos que manejó en el dia, ante el tribunal inapelable y severo de la señora ó señorita, que siempre mal prevenida y hosca, por mas que aparezca con risa de pascua en visitas y paseos, preséntase con fruncido ceño á recibir documentos y descargos. ¡Momento mil veces fatal y terrible! Los antiguos Virreyes, al regresar de las Indias para rendir ante los Consejos ó delegados de los Monarcas españoles, no temieron tanto este trance. Entonces es el crugir de huesos y el rechinar de dientes. La desdichada Catalina, Luisica, ó la individualidad innominada de nuestro estudio se espeluzna y gime ante su comitente. Ella, que nada tiene de comun con la organizacion cerebral de Mangiamele, ni jamás ha revuelto al Lacroix ni al Cirodde, se embrolla en sus cálculos; empéñase en adicionar datos heterogéneos: y la *sustraccion* la compromete siempre, y la incógnita queda por despejar. Tal suele ser la respetable suma de once, de siete ó de tres céntimos, cuyo déficit no puede enjugar, como ni las lágrimas que le arranca tan espinosa crisis. Sobre la fraccion de un ochavejo suele enzarzarse una cuestion batallona: el diálogo se encrespa: los gritos ascienden en escalz cromática: disparánse á quema-ropa, atropellándose, reconvencciones y réplicas: incidentes tan parlamentarios trascienden á la vecindad: solazan al pasagero ó transeunte y despiertan al durmiente rehacio del propio hogar. Mas la calma sucede por si misma, como tras toda tormenta, y en desquite de tan hondas emociones, la despensera, con mas dulce y pacífica entonacion, intenta restablecer, en su integridad, la calma de la señora, refiriéndole algun cuento que no le importe; ó picando su curiosidad con algun detalle del órden económico, ó del despilfarro de otras de las casas en que penetra, si ya no es que reclama sus luces, para escarecer las anotaciones mentales que le conciernen del *debe* y el *haber* que lleva por partida doble.

Apuntaremos, por último, un dato esencialísimo. En cuanto á doctrina y sistema tributario, propende mas á la escuela rutinaria y ramplona, que á los economistas utópicos é innovadores. Nunca ha estado por la abolicion de *la sisa*, aquel arbitrio antiguo y sim-

ple de achicar cuartillos, censurado por otros sábios no menos socaliñeros.

Mucho mas nos daria que decir esta funcionaria, si el espacio lo tolerase. Tememos que haya de desaparecer, á ejemplo de otras instituciones, con todos sus grandes servicios y preclara historia. El ejemplo de otras grandes poblaciones va haciendo que se habiliten para la compra criadillas ó mocetonas, más ó ménos sueltas y atractivas, záfias ó cursis, despreocupadas, sin la mojigateria de la clausura, y que no temen que por salir solas y vagar al aire libre *se las coma nadie*. Otros ciudadanos, honrados y modestos, per-tinentes no sabemos si á *la infame burguesía* ó al *tercer estado*, solémos hacer por nosotros mismos las diligencias de la provision place-ra, so pena de madrugar, ir en mangas de camisa y con capa en Julio y Agosto. Pero la razon principal para presentir la fuga de este elemento civil ó financiero, es que la fortuna pública y privada menguan, al par que crecen los reformadores y los filántropos. Se vive al dia. La sobriedad y la necesidad crecen. Los revendedores nos traen á las casas, frutas y legumbres. Los reservatorios están demás; y la despensa ó *dispensa*, como par corrupcion dicen los madrileños, es una oficina supérflua. En cualquiera de ellas, *inanis et vacua*, como la tierra primitiva, pueden descalabrarse los ratones. Y como muerto el perro se acabó la rabia, suprimida y jubilada la despensa, podremos dar por muerta á la vulgar y prosaica despensera.

EL BACHILLER QUICUMQUE.

## Á MI HERMANA ENCARNACION

POR SUS PRIMEROS VERSOS.

Encarnacion hermosa,  
querida mia,  
tus versos he leído  
con alegria;  
Allí adivino  
que en tu mente se esconde  
génio divino.

De tu inocente lábio  
son las canciones  
dulces, como del arpa  
las vibraciones;  
Y conmovida  
me siento al escucharte,  
niña querida.

Alza bella paloma  
tu casto vuelo,

y tu sentido arrullo  
suba hasta el cielo;  
Lleva tu canto  
de la bendita Virgen  
al trono santo.

Sobre tus sienes puras  
dile, hija mia,  
que vierta el don precioso  
de la poesía;  
Manantial bello;  
de las divinas luces  
sacro destello.

Iris que al pecho herido  
vuelve la calma;  
azucena fragante  
que brota el alma;  
Lecho de flores  
donde goza la mente  
sueños de amores.

Y cuando ya tu acento  
se alce potente,  
y el génio con sus alas  
ciña tu frente;  
Lanza una nota  
por mí, que el arpa mia  
ya estara rota.

AMPARO GARCIA.

## CÁDIZ.

Allí, sobre aquellas rocas  
que el mar ciñe á borbotones,  
quebrando sus ansias locas;  
defendida por las bocas  
de morteros y cañones;

Allí do suena el rumor  
del intranquilo oleaje  
que alza el mar en su furor,  
rindiendo solo al Señor  
del mundo su vasallaje;

Allí al firmamento eleva  
su augusta y erguida frente,  
la noble ciudad potente  
que el nombre de Cádiz lleva,  
como sabe, dignamente.

Sus timbres de gloria son;  
que nunca faltó á sus hijos,  
cual prueban en conclusion,  
grandes trabajos prolijos,  
talento, ni corazon.

Y su audacia y valentia,  
para vencer los azares  
de los mas remotos mares,  
las celebran todavia  
las olas con sus cantares.

Y el valor de las galanas  
y graciosas gaditanas  
de breves, menudos pies,  
desde el muro viendo ufanas  
las trincheras del francés.

Así lo dice la Historia

que de su eterno blason  
guarda la noble memoria;  
nadie hizo presa en su gloria  
sino la infame traicion.

Allí se meció mi cuna;  
allí por la vez primera  
respiré por mi fortuna;  
allí ví rielar la luna  
sobre el agua en la rivera.

Allí miré bajo el cielo  
rodando la tempestad,  
y las nubes pardo velo  
tender ocultando al suelo  
la azulada inmensidad.

Allí aprendí á ver en calma,  
cual delirante ilusion,  
de la mar la agitacion;  
allí se templó mi alma  
al estruendo del cañon.

Mal te canto yo; perdona:  
alzas, Cádiz, en las brumas  
la frente que el sol corona,  
como soberbia matrona,  
sobre tu sòlio de espumas.

El cielo azul es el manto  
bajo el cual reina te ves,  
y vales al mundo tanto,  
que el mar con todo su espanto  
de alfombra sirve á tus pies.

Ausente, léjos, te adoro;  
mas permítame clemente  
que en la ciudad esplendente,  
preciada joya del moro,  
viva feliz, aunque ausente.

Que á Córdoba agradecido,  
consagre tambien mi acento;  
pues no es hombre bien nacido,  
el que al favor recibido  
no tiene agradecimiento.

Que si á tí de mi existencia  
debí los primeros años;  
aquí de amor á la influencia  
aspiré la rica esencia,  
devoré los desengaños.

Por eso tengo cariño  
á esta tierra, aunque te asombre;  
para tí, como el armiño,  
tan puro el amor del niño,  
para Córdoba el del hombre.

¡Quién entónces presintiera  
cuando salí de tu seno,  
que yo un veneno bebiera  
y la copa bendijera  
en que he bebido el veneno!

A Dios, Cádiz; la memoria  
de tus soberbias murallas  
al mar sirviendo de vallas,  
y coronadas de gloria  
por el dios de las batallas,

Siempre está en mi fantasía,  
desde aquel solemne dia  
en que de tí me aparté;  
que un templo en el alma mia  
entónces te consagré.

Recibe mi canto ahora;  
 llegue á tí la voz sonora  
 que mi sentimiento encierra;  
 y... guarda la última tierra,  
 para un hijo que te adora,  
 EDUARDO RUIZ Y GARCIA.

---

### TUS OJOS.

Yo no sé si tus ojos  
 tienen imán;  
 pero sé que me atraen  
 con su mirar.  
 ¡Ay, yo no puedo  
 resistir de tus ojos  
 el vivo fuego!

Tienes los ojos negros  
 como mi alma,  
 que se quemó en el fuego  
 de tus miradas.  
 ¡Ay, niña bella,  
 no dejes de mirarme  
 aunque así muera!

J. LOPEZ.

---

### CANTARES.

En el campo de mi vida,  
 Planté un hermoso clavel;  
 Quisiste aspirar su aroma  
 Y le aromaste tú á él.

Tu eres nieve, yo soy fuego;  
 Juntos estamos los dos,  
 Y ni tu apagarme puedes,  
 Ni á tí derretirte yo.

De una endurecida roca  
 Un corazón he de hacer,  
 Que no sienta, ni padezca,  
 E ignore lo que es querer.

Mas lágrimas he vertido  
 Desde el día que te ví,  
 Que estrellas tiene el espacio  
 Y flores tiene el abril.

Ya resuena lentamente  
 La campana del dolor;  
 Es que llora y hace el duelo  
 Al cadáver de mi amor!

Parecen blancas las flores  
 Del nardo y de la azucena,  
 Pero en tus manos se nota  
 Que se oscurecen aquellas.  
 JOSÉ MORENO DE MONROY.

---

## MISCELÁNEAS.

Entre los muchos abusos que con molestia del público se notan diariamente, no es por cierto el mas pequeño, ni el menos digno de consideracion, el que observamos todas las noches en la calle de Azonáicas, delante del café allí establecido. No ya ocupando la acera, sino invadiendo materialmente la calle, un numeroso grupo obstruye el paso y hace difícil la circulación por aquel sitio, uno de los mas concurridos de Córdoba. Pedimos al ayuntamiento que fije su atención sobre el particular y si el posible que aplique el oportuno remedio.

\*  
 \* \*

Hace algunos dias se encuentra entre nosotros el eminente poeta Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, uno de los que mas han enriquecido con las producciones de su claro ingenio la literatura española moderna y de quien bien puede asegurarse que es el Calderon del Siglo XIX. Enviamos nuestro entusiasta saludo al inspirado autor del *Tejado de Vidrio* y de *El Tanto por ciento*.

\*  
 \* \*

Dice un periódico de Madrid, que el conocido poeta cordobés Sr. Alcalde Valladares ha escrito un drama para el teatro del Sr. Catalina, titulado *Don Alonso de Aguilar*, en el que se retrata á este valiente y escéntrico personaje de esta provincia, del siglo quince.

Enviamos á este inspirado colaborador nuestro, la mas afectuosa enhorabuena.

---

## PASATIEMPOS.

### CHARADA.

Estando en *prima* y *segunda*  
 á *prima tres* llegar ví;  
 me dijo que su *dos* doble  
 á *tres dos* pensaba ir,  
 que gran cantidad de *cuarta*  
 llevaba, con el buen fin  
 de tomarlo, dado caso  
 de que no lo hubiese allí,  
 y que viajaba en el *todo*  
 por no haber ferro-carril.

J. LOPEZ.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

MICAELA.

---

CÓRDOBA:  
 Imprenta de LA ACTIVIDAD,  
 Azonáicas, 4.